



Enrique Cattaneo

La conquista del silencio

Ese mismo día, óleo sobre papel/madera, 100 x 100 cm, 2005, detalle.
Foto cortesía de Casa Lamm



Miguel Ángel Muñoz

AL CRÍTICO DE ARTE INGLÉS HERBERT READ, uno de los mejores del siglo XX, no se le escapó la importancia de Lucien Freud, al que en una fecha muy temprana, junto con Francis Bacon, consideró como representante de la Edad de la Desilusión, la etapa moderna posterior y antitética de la Edad de la Revelación, encarnada por Ben Nicholson. Read además acuñó una fórmula extraordinaria para explicar el estilo y la actitud de Freud, al que tildó del “Ingres del existencialismo”. Fue una apreciación crítica muy aguda, no sólo porque puso de manifiesto la pasión de Freud por el dibujo de Rafael y de los primitivos flamencos, sino porque con ello reveló componer la compleja y rica fuente de inspiración artística moderna.

Observador apasionado, casi fanático, de la realidad, que no produce de forma prolija, sino honda e intensa, ha llevado a Enrique Cattaneo a la pregunta constante de cualquier artista: “¿Qué es la pintura?”. Ahí Cattaneo fue contundente: ha logrado mediante su obra pictórica un silencio casi estremecedor. El estilo de Cattaneo combina la precisión y dureza del contorno

Te veo llegar, óleo sobre papel/madera,
120 x 120 cm, 2005. Col. particular



dibujado con la palpitación pictórica del empaste rembrandtiano, lo que da a sus figuras una intensidad y una fuerza sobrecogedora. En este sentido, el vacío plástico es un espacio en exilio continuo de sí mismo. Por eso escribe Heidegger: “Espaciar es dejar libres los lugares donde un dios se deja ver, los lugares de los que los dioses han huido, los lugares en que la aparición de la divinidad se demora largo tiempo”. Cada paisaje de Cattaneo es la apertura de un entorno, no un apoderamiento del espacio.

Encaminada hacia este punto, su obra ha ido despojándose de cualquier certeza y seguridad, volviendo esenciales los parámetros a partir de los cuales se ha construido. De alguna manera, la pintura de Cattaneo posee un valor esencial: se hace visible y, al mismo tiempo, se repliega sobre sí misma. ¿Qué queda entonces entre dos instantes, entre la presencia de lo pintado y su serena desaparición? Queda, permanece, la impronta de sus construcciones cromáticas sobre la superficie de la tela, el rastro emocional de los paisajes y los gestos, las sombras de esas arquitecturas de luz que se abren en el color. También queda la ambigüedad de múltiples formas que son pensadas y sentidas a la vez, pues en ellas no sólo está recogida su estructura arquetípica, su esencialidad: también se halla su aspecto más específico, su estricta inmanencia.

En estos cuadros se deja patente su ideario estético, con grandes superficies vacías en las que el paisaje se intuye con apenas trazos y manchas que lo delimitan de un modo esquemático más próximo a la abstracción, en la que siempre se ha movido, que a las referencias figurativas. Emplea una paleta de colores suaves con una uniformidad rota por los ocre y trata de eliminar todo aquello que pueda distorsionar el verdadero mensaje, mostrando las formas en su expresión más pura. La huella de la ausencia, el silencio, son los pocos referentes para el espectador que se enfrenta a superficies austeras en las que manda la textura. Tan sólo se intuyen referentes a la naturaleza, recuerdo de los diversos viajes del autor. “La memoria de ese paisaje —dice Cattaneo—, cielos, tierras cultivadas, colinas, árboles, pájaros, flores, ha condicionado mi forma de ser, de vivir y, por ello, también mi forma de pintar”.

En este sentido hay una especie de cambio semántico respecto a anteriores trabajos, sobre todo aquellos en los que los campos de color se articulaban entre sí interpelándose y persiguiendo cierta idea de armonía. Ya en estos cuadros podía observarse cómo los fragmentos cromáticos, fugaces e irreductibles, subvertían de algún modo los precisos esquemas compositivos de sus obras, con lo que introducían un lirismo de gran fuerza poética, unas atmósferas cargadas de sugerencias. Un territorio dominado por el color; acaso la preeminencia de lo cromático ha impedido fijar la atención en las tramas que lo sustentan, en la red —ángulos, vanos, líneas entrecruzadas— que se halla en la base misma de esta exploración pictórica. El mundo de lo sensible es para Cattaneo un universo de sorpresas.

Matisse libera el color y el dibujo de todo naturalismo innecesario. Los sublimes resultados de su experiencia marroquí despejan, en efecto, cualquier duda. El viaje fue breve: apenas seis meses entre 1912 y 1913 que dividieron para siempre en dos momentos el arte de Matisse. En el caso de Cattaneo hay también dos momentos clave: en uno simplifica el paisaje; en el otro, lo recrea y lo vuelve horizonte. Son éstas unas pinturas audaces, acompañadas de un impresionante despliegue de dibujos y apuntes sobre el papel que confirman la lección del pintor: el retorno constante a la pintura y su espacio imaginario.

En cada horizonte Cattaneo ha incrementado, si cabe, este concepto de lo lírico hasta hacerlo casi tautológico. No ha perdido su pintura esa belleza metódica, de una plasticidad elegante aunque alejada del sensualismo efectista; sin embargo, en sus últimas piezas se observa también una



Momentos intensos, óleo sobre papel/madera, 60 x 60 cm cada uno, 2005. Col. particular

rotundidad inusitada, una tensión áspera donde lo evocativo ha dejado su lugar a una inmediatez que raya, en algunas ocasiones, un sutil descarnamiento. Una naturaleza fascinante, de cielos deslumbrantes, tentada por el equilibrio insólito de unas sombras que fantasean volúmenes inesperados, negados por la luz. Un realismo irreal, perdón, protagonizado por el color. Cada uno de los cuadros es un Cattaneo absoluto, pero se deja notar como un distanciamiento reflexivo, una paciencia luminosa, que incrementa la claridad. Por este carácter de despojada relación con el paisaje, con la figuración —recientemente—, que tiene algo de física presocrática, de conversación íntima con la naturaleza.

Todo es ilusión en estos paisajes intimistas, poéticos. Todo es ausencia: lo visible remite a otro lugar, lo descrito se fragmenta hasta convertirse apenas en un ritmo que recorre y articula el espacio pictórico. No hay en este mapa de lo pictórico ningún homenaje al estilo, ninguna exaltación del ejercicio de la pintura; está el rastro dejado por ésta, su preciso modo de materializarse, su difícil transparencia. Está el autorretrato del pintar, convertido en una forma también distinta de vigor creativo. El resultado de este proceso estético es un conjunto de cuadros plenos de fragancia poética, de belleza decantada.

Como experimentado realista, Cattaneo es escéptico frente a cualquier iniciativa simbolista que transfiera la identidad de la obra a un lejano horizonte trascendente. Toma de su entorno los estímulos sensibles que despierten una nueva asociación formal y los recrea con el lenguaje de su fantasía. Una maravillosa idea de belleza que William Blake describe lapidariamente:

To see a world in a grain of sand
and a heaven in a wild flower
hold infinity in the palm of your hand
and eternity in an hour.

El extraño silencio de un hombre frente a una obra de arte no se parece a ningún otro. ¿Qué es lo que pido de una pintura? Le pido que asombre, perturbe, seduzca, convenza. Es una de las cualidades que comparten las obras de Enrique Cattaneo, que a lo largo de casi treinta años de trayectoria no ha dejado de evolucionar. El arte de Cattaneo se sitúa en el punto aleatorio que traza la línea recta, la línea que organiza el espacio, que lo despliega y lo disuelve. Contra la “ausencia” (freudiana), la disolución que nos lleva ese horizonte que Cattaneo nos quiere compartir. ■■



Cómo buscar los sueños, óleo sobre papel/madera,
120 x 120 cm, 2005, detalle. Col. particular